

Entrada irrevocable al mundo digital

Alejandro Sánchez
Maestro de Artes Visuales

Definitivamente, la fotografía digital se ha convertido en una de las herramientas más importantes en los últimos tiempos. El mundo de los mega píxeles se ha impuesto en forma notable, trayendo consigo importantes ventajas para aficionados y profesionales. Estamos presenciando, si no es un error afirmarlo, lo que podría llamarse como el encuentro con un medio fotográfico asombroso, lleno de posibilidades. Quedaron atrás los procesos tradicionales a los cuales estábamos habituados. La era de lo digital llegó sin previo aviso ni remordimientos.

Rápidamente estamos siendo obligados a olvidar la película, el grano, las cámaras análogas, los métodos costosos de revelado y ampliación. Adiós al romanticismo del siglo XX. Dentro de poco esos equipos que alguna vez hicieron parte de nuestro maletín se convertirán en simples piezas de colección -si es que no lo son ahora -. Los lugares especializados, amantes de la imagen, han logrado introducirse en este medio, pasando por la penosa tarea de rechazar a cualquier cliente que desee rollos profesionales, hojas de contactos y pruebas en laboratorio.

Computadores con gran capacidad, conexión directa a Internet, cables USB, tarjetas de almacenamiento con capacidades sorprendentes, innumerables formatos, entre otros, son sólo el ejemplo de la nueva generación de la fotografía. Visualizar, seleccionar, borrar en tan sólo unos segundos, conectar al computador y todo está listo: el laboratorio entero a un simple clic de distancia. Nunca imaginamos cómo los avances tecnológicos facilitarían tanto los procesos de creación para todos los amantes de la imagen y mejor aún, los costos que se reducirían con su gran aparición. Todo ha sido maravilloso desde entonces. Ágil, rápido, económico y por qué no, versátil. Así es este nuevo mundo.

Pero, ¿qué ha de pasar con nosotros quienes seguimos explorando con película y queremos aprovechar los últimos instantes de vida de la técnica tradicional, antes de su irrevocable extinción? Puede sonar un poco trágico, dramático e incluso fatalista.

No obstante, ese es el gran interrogante que nos hacemos hoy, teniendo en cuenta las tendencias que se apoderan de nuestro país a cada rato. El panorama no es bueno ni alentador. Estamos destinados a ser "digitalizados" de alguna forma, a convertir nuestras cámaras en elementos decorativos como si se tratara de un *ready made* y a familiarizarnos por completo con el tan nombrado retoque digital. Mientras podamos hablar de película, nos veremos obligados a asumir los altos costos que representa seguir con los métodos clásicos.

Cabe anotar que no se trata de un ingenuo desconocimiento del valor del mundo digital o un repudio formal a su súbito surgimiento. Es una somera descripción de

las importantes transformaciones que trajo consigo la fotografía digital, gracias al complejo despliegue que ha tenido en un contexto tan particular como el colombiano.

Un caso como muchos otros

Soy uno de los tantos amantes de la imagen en su máxima expresión. He seguido con gran timidez el camino que a muchos ha deslumbrado, con la fortuna de encontrar una línea de trabajo que trasciende por completo el registro del tan nombrado momento *kodak*: mirar a la cámara y sonreír. Concebir un discurso impregnado de un carácter social claro, desarrollarlo por completo y traducirlo en una imagen compleja, impactante, son unas de las tantas razones que me llevaron a apostarle a la fotografía. Un gran reto por demás interesante.

Inicié mi exploración formal con una *Zenith* completamente manual, con las funciones básicas y una lente poco luminosa. Seguí los pasos necesarios dentro del laboratorio con negativos de prueba, de la manera como cualquier estudiante de artes visuales es introducido a la práctica. En poco tiempo descubrí la magia a la que tantos se referían, afianzando mi interés particular. Después vino un sinnúmero de pasos, investigaciones, aciertos y desaciertos. Hoy, con gran nostalgia, como si se tratara de una historia contada por nuestros abuelos, puedo decir que tuve el privilegio de conocer la técnica tradicional, opacada actualmente por la incursión digital.

Hace más de un mes, mientras desarrollaba uno de mis nuevos proyectos, decidí - todavía no sé si fue un error -, hacer el registro en los dos formatos que tenía dentro de mi equipo personal: película de 35 mm, Ektachrome VS para ser preciso y, como es de suponer archivo RAW, de una Canon EOS 20D. Al momento de revisar el material, llevé mi rollo, con la misma ansiedad que sentía cuando apenas empezaba, a uno de los pocos lugares confiables que conozco en Bogotá. La intención inicial era revelarlo en un proceso cruzado, con el ánimo de obtener negativos en lugar de la serie de diapositivas. Eso evitaría complicaciones - pensé en ese momento y con qué ingenuidad -, ya que desde hace unos años el cybachrome fue descontinuado en la ciudad.

Como cualquier cliente "experimentado", pedí revelado, hoja de contactos (o en su defecto tira de contactos) y pruebas en tamaño postal, lo esencial en teoría. No pude evitar preguntar a qué se debía la cara de asombro del técnico que me atendía, después de mi desactualizada petición. Según él, los procesos tradicionales habían sido sustituidos por escáneres especializados que obligaban al usuario a digitalizar cada fotograma por separado para realizar impresiones de gran formato, sin importar si es negativo o diapositiva. Ese era mi objetivo final. El costo aproximado por negativo en un escáner de bandeja está alrededor de 10.000 pesos para obtener una fotografía de un tamaño 50 x 70 cm. Vaya sorpresa, dentro de un proyecto que se concibe, como es costumbre, con un bajo presupuesto.

Después de tan importante aclaración, tomé la decisión de revelarlo en diapositivas y así obtener un color real sin tanta saturación. Revisando marco tras marco, escogí diez fotografías que se ajustaban totalmente al objetivo, en términos de iluminación y composición. Por un instante me detuve a analizar el excelente resultado que otorgaba la película, complacido por el acierto que había tenido por el juego de velocidades y aperturas de diafragma. No tuve más remedio que mandar digitalizarlas, hacer las pruebas y pagar el precio de la ignorancia.

Al recibir las pruebas, analizando una por una con lupa en busca de errores mínimos, me enfrenté a un inevitable problema: comparándolas con las diapositivas, noté la disminución considerable de calidad que estaba obteniendo. Imágenes opacas, oscuras, con una textura imposible de describir. No solo estaba invirtiendo una suma considerable en simples pruebas, sino que estaba logrando fotografías que carecían de fuerza y profundidad. ¿Culpa de los técnicos? No lo creo. Por más cambios generados en Photoshop el resultado jamás podrá ser comparado con las tomas originales. Es una lástima no tener la posibilidad de acceder a un escáner de tambor, como en las mejores agencias, para tener un mejor producto.

Incluso, ampliaciones en papel fotográfico, transformadas en cualquier formato para pantalla o impresión, dejan entrever ese fenómeno adverso para nosotros, quienes sin mayores pretensiones intentamos fragmentar historias en imágenes fijas y gozamos de la extraña condición de estructurar series con las "uñas".

Para usted lector, está la alternativa de verificar mi experiencia. Basta desempolvar la cámara, comprar una película profesional - ese es el sacrificio por asumir-, hacer un registro que considere relevante y buscar un lugar, diferente a Foto Japón, para vivir una serie de eventos desafortunados. Así se dará cuenta del incalculable valor que puede adquirir, de una manera desprevenida, la fotografía digital. Y si usted sabe cómo realizar impresiones de gran formato desde un archivo de 8.2 mega píxeles, le pido el favor que comparta conmigo los pasos a seguir, para en un futuro evitarnos semejante travesía.